

## LA DESPEDIDA

Se acabó. El mundo para Manuel Paizán se acabó. El diagnóstico era inapelable. Estaba contagiado de Covid-19. Los primeros síntomas iniciaron unas dos semanas antes. Un día de pronto le fue imposible levantarse. Amaneció con un cansancio infinito. Durmió todo el día, algo inusitado en él. Desde que era un niño se levantaba a las cinco de la mañana a ordeñar las vacas. Esa costumbre madrugadora lo perseguiría por el resto de sus días. Ese día el cansancio lo dejó en cama. Así anduvo arrastrando la cruz toda la semana. Luego, perdió el olfato y se le vinieron las fiebres por la noche. También se hicieron presentes unos terribles retorcijones de estómago y una diarrea descomunal. Se aisló en su cuarto. No tenía contacto con nadie. No quería contagiar a la familia. Su esposa, a deshoras acordadas, le dejaba la comida en la cocina. Su martirio lo soportó en silencio. Se negó a acudir al hospital. No quería ver a ningún médico, ni tomar ningún medicamento. Con un té de estafiate ahuyentaba a los malos espíritus. Cuando comenzaron los problemas respiratorios la enfermedad se volvió insopportable. Apareció una pequeña tos. Poco a poco se convirtió en un ataque de famélico. Los pulmones se querían salir por la garganta. Al final, ya no podía respirar. El oxígeno del planeta se le volvió insuficiente. Sus hijos lo sacaron a rastras del cuarto para llevarlo al hospital. El cuadro clínico era catastrófico.

—Mire, Don Manuel, le voy a ser muy sincero. No quiero perder mi tiempo con usted. Tiene muy dañados los pulmones. Dejó pasar mucho tiempo. Lo vamos a hospitalizar, pero no le prometo nada. Lo mejor es que arregle sus cosas. Despídase de este mundo —dijo, en un tono categórico, el médico que estaba de guardia en un hospital particular de El Paso, Texas—. Señorita, interne al señor. Y que entre el siguiente paciente, pero rápido que se me están acumulando los muertos —agregó el médico dirigiéndose a la enfermera.

\*\*\*

Las palabras se volvieron destino. La sentencia estaba pronunciada. La única alternativa posible era resignarse a la muerte. Manuel Paizán entendió de un solo golpe el carácter efímero de la vida. A sus 62 años, se lamentó de no haber amado con más pasión a sus seres queridos. Su historia de vida se le vino a la mente en retrospectiva. Se acordó de su niñez en el rancho, jugando con sus hermanos, rabiando de felicidad. Luego sus años de estudiante normalista, beligerante, dirigiendo una huelga nacional. La época de la lucha clandestina, viviendo a salto de mata para que no lo capturara el gobierno. Después vino el exilio, su llegada a Estados Unidos, adentrándose en las entrañas de la bestia capitalista. Toda su vida proyectada en unos cuantos segundos.

Le suministraron antibiótico vía intravenosa para atajar la infección en los pulmones. Le pusieron una máscara de oxígeno. Lo acostaron boca abajo para facilitar la respiración. No se podía hacer más. Ni antiviral, ni vacuna. Sólo esperar con paciencia su muerte.

Lo que más le dolía a Manuel Paizán, era la espina que tenía clavada de forma profunda en el orgullo. El trato despótico y deshumano del médico de turno, le dolía en la conciencia. En el umbral del dolor, Manuel Paizán se dijo a sí mismo con una determinación de acero:

—No me puedo morir. No me voy a morir. Nada más pa' no darle gusto a estos pinches gringos.

\*\*\*

Se recuperó de milagro. Todos lo daban por muerto. Salió vivo del hospital. Llegó a su casa en una silla de ruedas y con cuarenta kilogramos de peso menos. Parecía un resucitado. La familia y los amigos celebraron con una algarabía infinita su regreso.

—Ya me daban por muerto. Pues se chingaron, porque soy un hueso duro de roer —dijo Manuel Paizán con una sonrisa en el rostro.

Los síntomas del Covid-19 lo perseguían como una maldición. Ya no pudo recuperar el olfato ni el gusto por completo. La tos y la carraspera en los pulmones llegó para quedarse por una buena temporada. La respiración todavía presentaba algunas dificultades. Manuel Paizán se sometió a una dieta alimenticia rigurosa. Les pidió a sus hijos que le compraran una caminadora. Se propuso recuperar paso a paso su condición física. Se quería tragar el mundo de una bocanada. El corazón volvió a ser joven. El Covid-19 le enseñó a amar con más intensidad las cosas del mundo. Entonces, aprendió a disfrutar de las pequeñas cosas de la vida: la luz del sol, el frío del invierno, el canto de los pájaros, la extraordinaria paciencia de las piedras, los dolores del alma que te gritan al oído que todavía estás vivo.

Una mañana Manuel Paizán leyó, sorprendido, una esquela en el periódico. Le pidió a su hijo que lo llevara de forma inmediata a la capilla de un panteón particular. La familia se quedó desconcertada.

—No puedes salir. Todavía estás muy débil. Quédate en casa. No seas necio —le dijo su esposa en un tono de regaño.

—No les estoy pidiendo permiso. Nada más eso me faltaba. Te ordeno que me lleves al panteón. Si no quieres, me voy solo —le dijo Manuel Paizán a su hijo menor.

Manuel Paizán llegó antes de que concluyeran los rituales fúnebres. Tuvo tiempo de acompañar a los dolientes. Observó, desde una sana distancia decretada de forma oficial, las almas recién pobladas por el dolor. El difunto dejó a su familia arañando los rincones de la soledad.

Cuando concluyó el sepelio, la viuda agradeció de forma personal el acompañamiento de los asistentes.

—Mi más sentido pésame —le dijo Manuel Paizán a la viuda guardando una sana distancia.

—Gracias. ¿Usted era amigo de mi esposo? —preguntó la viuda en un tono compungido.

—No. No era amigo de su esposo. Más bien fui una de sus víctimas. Sólo vine a despedirme del médico. Se la debía —dijo Manuel Paizán, en un tono enigmático y, luego, se retiró del panteón con un paso lento.

Ciudad Juárez, Chih., 28 de enero de 2021.